

La política energética en Bolivia*

*Jorge Mansilla Torres***

I. Bolivia puede demostrar que es posible cambiar el destino de dependencia y pobreza que el imperialismo impone a los pueblos

Que otro mejor mundo es posible y que nosotros somos hoy una punta de la luz de ese amanecer. La patria feliz, a plenitud, se puede conquistar sin el sufrimiento de ir a la guerra ni disparar un tiro.

Sin triunfalismo —ese recurso anímico y palabrero de los demagogos—, puedo afirmar ante ustedes que en nueve años de un proceso de cambios revolucionarios Bolivia ha logrado revertir la suerte de atraso secular y subdesarrollo crónico. Y puede exhibirse hoy como un país plétórico de recursos naturales y de un pueblo consciente de su potencialidad humana y discernimiento democrático.

Desde el año 2006 hay en Bolivia un proceso de realizaciones para superar la pobreza y asumir rangos de realización socialista. Son fehacientes los indicadores económicos, sociales, culturales, energéticos, políticos, integracionistas y de consolidación institucional y del Estado.

Conózcannos ustedes, universitarios de Azcapotzalco, por nuestros perfiles más visibles y actuales: somos diez y medio millones de habitantes distribuidos en un territorio de un millón 98 mil 581 km², en el centro de Sudamérica, en el corazón continental nos gusta decir porque colindamos con cinco países sudamericanos.

El territorio se divide en dos grandes unidades fisiográficas: la zona montañosa o andina, y la oriental, de valle y selva, los llanos.

La zona alta representa 38% de la superficie, donde hay montañas nevadas de hasta 6 mil metros sobre el nivel del mar y la región llanera que ocupa 62 por ciento del mapa.

* Conferencia magistral en la UAM-Azcapotzalco, viernes 26 de septiembre de 2014. Evento organizado por el Departamento de Derecho y el profesor Javier Huerta, director de la revista *Alegatos*.

** Exembajador de Bolivia en México, Periodista.

O sea, contra lo que se cree, somos un país de intensa vegetación selvática y de ríos anchos y fuertes.

No somos ya república, como cuando la patria fue fundada por el Libertador Bolívar en 1825. Ahora somos el Estado plurinacional que se integra con 36 naciones originarias, cada una con lengua propia, cultura, leyes regionales, tierras y territorios legítimos, 36 naciones reconocidas por una Constitución redactada además por delegados provenientes de todas esas regiones.

Somos un Estado unitario social de derecho plurinacional comunitario, libre, independiente, soberano, democrático, intercultural, descentralizado y con autonomías. Todos nos obligamos a practicar y alentar un espíritu sincero de integración territorial y humana.

La población indígena originaria es de 64%, con todos los derechos y obligaciones que hacen a un ciudadano. Esa mayoría demográfica tiene también contundencia democrática, que nunca tuvo antes.

Dentro de la diversidad étnica los bolivianos actúan como un todo integrador cuando de hacer prevalecer su polivalencia se trata. Somos plurales y esa es nuestra singularidad.

Somos, insisto, plurinacionales y multilingües, con 36 idiomas oficiales. Dice la Constitución que el Estado y los gobiernos regionales deben utilizar al menos dos idiomas oficiales. Uno de ellos debe ser necesariamente el castellano y “el otro se decidirá tomando en cuenta el uso, la conveniencia, o circunstancias de la población en su totalidad o del territorio en cuestión”.

Para hacer viable y real el uso del castellano como lengua integradora, se alcanzó una conquista histórica, el año 2010. La UNESCO declaró a Bolivia territorio libre de analfabetismo, proeza cultural lograda por la iniciativa y voluntad de sus pobladores de leer y escribir “la castilla” y que fue coronada con el apoyo de nuestra compañera Cuba y su sistema didáctico de castellanización “Yo si puedo”.

II. El despunte educativo

Me encuentro en una universidad mexicana ante estudiantes seguramente interesados en la educación. Bolivia propende a impartir y practicar una educación intercultural, descolonizadora, productiva y esencialmente comunitaria.

Se enseñan los idiomas oficiales autóctonos en las escuelas y colegios de las ciudades, según su cualidad indígena mayoritaria. En La Paz, por ejemplo, los alumnos de establecimientos públicos y privados acceden al aimara, en Cochabamba al quéchua y en Santa Cruz al guaraní. En todo el territorio entonces se enseñan además el araona, chimán, ese ejjia, maropa, moré, mosetén y así hasta sumar todas las formas de expresión originaria. Es la revolución, porque se aprenden canciones de los abuelos, dichos regionales, leyendas, mitos, historia[...]

La diversidad cultural y el respeto a esas identidades es la base esencial del Estado plurinacional comunitario.

Desde 2008 se van creando universidades indígenas y aunque la palabra universidad está cuestionada porque muchos prefieren decir pluriversidad, hay hasta hoy tres grandes centros de educación superior. Universidad aymara en el altiplano, quéchua en el valle y guaraní en los llanos amazónicos.

La semana pasada nos llegó este dato: “Universidades indígenas se consolidan con 118 tesis en seis idiomas nativos. 42 trabajos corresponden al sistema aymara, 41 al quéchua y 35 a profesionales de la universidad guaraní”.

La mayoría de esas tesis versa sobre el agro, la fauna y la flora. Esos profesionales se graduaron el pasado 2 de agosto, día del indio en Bolivia, luego de 5 años de estudio. Conozcamos, de pasadita, el título de una tesis: “Costos del cultivo de la quínua en 10 regiones promisorias en la puna del ayllu Cuyahuaní”, de la ahora ingeniera agrónoma Gladis Apaza Choque.

La quínua es una gramínea considerada el alimento más completo en el menú del mundo. Tiene todos los nutrientes. La quínua fue el alimento básico de las culturas altiplánicas durante miles de años y ahora, en este tiempo, gana los mercados del mundo. La quínua es una prima hermana del amaranto mexicano, sólo que por sus características sirve para cocinar sopas, guisos, pasteles, refrescos. La quinuamérica, se le dice hoy.

Otras tesis versan sobre la hoja de coca y sus virtudes biomédicas, complementación dietética y sus manejos religiosos en la creencia aborígen. Otro estudio hay sobre el endulzante amazónico llamado científicamente Stevia, una hojita vegetal selvática, 300 veces más dulce que el azúcar industrial y que también sirve para ayudar a los diabéticos.

La stevia es un producto ecológico sin pizca de aspartame y demás componentes nocivos, por químicos y artificiales.

Todos los egresados de esas universidades interculturales tienen formación en ingeniería forestal, en el culto laico a la madre tierra (la Pachamana), agricultura y acuicultura. En la región de los llanos, donde están las mayores reservas energéticas, egresaron este año 21 profesionales indígenas en ingeniería petrolera y gas natural.

“Importa decir que una ley que asienta a las uniboles indígenas es su propensión a recobrar y revalorar los conocimientos ancestrales de los pueblos, sus cosmovisiones, y de animar no una ruptura, pero sí una confrontación epistemológica de hacer ciencia de una manera distinta, sin los parámetros científicos occidentalizados que conocemos”. Esta aseveración es del viceministro de Educación Superior, Juan Samanamud, sabio de la nación guaraní.

Hoy es el tiempo del reino de la palabra oral. Como nunca, se ha promovido la instalación y funcionamiento de radioemisoras comunitarias, 42 en total, que transmiten en sus idioma nativos desde las 4 de la madrugada.

III. Ruptura con el patrón neoliberal

Evo Morales rompió de un tajo y definitivamente con el neoliberalismo y las modalidades capitalistas de privatización y/o globalización de las economías. Lo hizo

en los primeros cinco minutos de su primer discurso como jefe de Estado, el 22 de enero de 2006.

En Bolivia se frenó la globalización y se rechaza la prevalencia del mercado sobre el hombre y la naturaleza. Ninguna inversión transnacional puede copar el espectro de la riqueza natural ni las estructuras de las empresas estatales, digamos los entes petroleros, mineros o de comunicaciones.

Como dueños soberanos y administradores de nuestros recursos energéticos desde ese año 2006, los bolivianos nos beneficiamos de sólidos índices de, por ejemplo, el PIB, que es uno de los más altos de la región latinoamericana: 5.3% en promedio, con alzas de hasta 6.12% en el año 2009 y bajas a 5.1% en 2012.

Cabe precisar que este estado de bonanza económica y estabilidad política es consecuencia de la primacía económica de matriz mixta vigente en el país, donde el Estado, mediante sus empresas estatales, maneja 40% de la economía nacional y apoya y hace apoyar, por las bancas privada y estatal, a 60% de la economía nacional restante, la cual, por diversa e independiente, está compuesta por los sectores comunitario, cooperativo, social y privado.

Toda inversión privada se somete a los rigores y lineamientos constitucionales que sustentan la propiedad patria y el control del Estado. Tenemos éxito con esa modalidad, aunque a veces, por impericia o descuido afrontemos dificultades con algunas transnacionales, como ocurre en estos días con una empresa ferruginosa de India, Jindal, que tenía que explotar el hierro de una montaña, el Mutún, y que por imponderables y fallas mutuas se desistió y ahora nos pide el pago indemnizatorio. Tenemos un pleito que vamos a solventar cual debe, así tengamos que perder dinero.

Pero y al mismo tiempo con esta contingencia, China sale al quite en nuestro favor. Su gobierno ha anunciado una inmediata inversión de casi 500 millones de dólares para explotar el hierro de aquella montaña y promover la siderurgia de la región en concomitancia con las industrias automotrices de Argentina y Brasil. El Mutún está en el vértice geográfico de los tres países.

Hay que ser dueños totales de los recursos de nuestra tierra para movernos con seguridad y certezas. Antier, en la ONU, el presidente Evo dijo ante más de 140 mandatarios del mundo que “el control nacional sobre los recursos naturales es indiscutible e irrenunciable, que la propiedad soberana de la riqueza natural es fundamental en cualquier país y en todo tiempo para asegurar beneficios a los pueblos y dar seguridad al porvenir”. Y habló de la experiencia boliviana con el gas y el agua.

En Bolivia sabemos hoy que no basta la posesión física de los bienes naturales sino la necesidad de industrializarlos, de lograrles el valor agregado en procura de la ganancia colectiva lícita. Y que para eso se necesita de gente capacitada.

Por eso se ha introducido —así sea inicialmente— el concepto de ciencia y tecnología, de investigación y desarrollo de nuevos procesos y productos en las empre-

sas, en instituciones educativas incluso escolares, pero también en las Pymes, las fuerzas armadas, policía, sindicatos de mineros y trabajadores de fábricas, campesinos, comunidades indígenas, ministerios, municipios y gobernaciones.

Insisto que nada de esto que digo puede ni debe ser enmarcado en el vocabulario triunfalista de esos que quieren aparentar que las cosas van bien, cuando todo el mundo ve que no es así, ya que cada día padece las consecuencias de la injusticia, la violencia, la discriminación y la represión.

Bolivia tiene estabilidad política, económica y social, como nunca en sus 189 años de existencia patria y dentro de 14 días celebrará elecciones presidenciales. Me alegra decirles que el presidente indígena Evo Morales tiene en este momento 71% o de la intención de voto democrático para el 12 de octubre. Irá por la victoria electoral por segunda vez, de acuerdo a la nueva Constitución. Pero será la cuarta vez que triunfe con plena contundencia, si se tiene en cuenta los comicios intermedios, de consulta o referéndum.

En mi país, por ley, se somete al presidente a una consulta de aprobación o desaprobarción de su gestión cuando cumple dos años de ejercicio gubernamental. Si no pasa la prueba de 51% se lo retira y se convoca a nuevos comicios.

Si el presidente Evo es ratificado en el cargo, como anhelamos, Bolivia reafirmará su carácter antiimperialista, espíritu de cambio, ampliando y fortaleciendo sus propuestas programáticas, críticas, propositivas, participativas y organizativas, procurando la construcción desde abajo de una nueva sociedad planificada, liberadora, tecnificada y socialista.

IV. Industrializar la riqueza: meta

En el próximo quinquenio empezará la industrialización de lo que manejamos como materia prima.

Será el siglo del litio, ese mineral liviano aplicado en las computadoras, los teléfonos celulares y las “tablets”. Pero, el litio será la materia elemental de la gasolina seca, no contaminante, que moverá a la industria automotriz en este siglo y en los que vienen. El litio será integrado a unas baterías recargables, para movilizar automóviles, trenes y aviones. El combustible incontaminante que necesita la vida humana y la naturaleza. Ya estamos fabricando baterías de litio para las industrias automotrices de Brasil y Argentina. Ojalá produzcamos esa pila poderosa también para los autos de México.

Bolivia posee más de la mitad del litio de todo el mundo. Hay reservas calculadas para 800 años al menos. Consideren entonces la importancia industrial de ese recurso y la proyección de Bolivia en el futuro inmediato. Ya denominamos “bolitio” a ese mineral y hablamos del “litioral” [...].

Si se profundiza el curso actual de economía planificada y si se lucha a fondo contra la mediocridad, con todos los medios y la sinceridad a que se obliga un revolucionario, las previsiones permiten suponer que se podrá alcanzar un PIB persona/

ciudadano de 10 mil dólares anuales hacia el año 2025, dentro de 11 años cuando cumplamos el bicentenario de fundación republicana.

Si eso ocurre nos convertiremos en un país de segundo mundo, de mediana industrialización masiva y con fuerza energética sostenible.

Los enemigos a derrotar por principio programático y mandato del pueblo son la burocracia que no sea eficiente, la corrupción donde se presente, el narcotráfico y la delincuencia, fenómenos éstos últimos de desgracia universal, pero que el Estado Plurinacional ha de derrotar con el control social, con la vigilancia ciudadana, con la denuncia pública y la aplicación de la justicia a tiempo y en su tiempo.

Tenemos un pueblo politizado para esas tareas y sabemos que, como no estamos solos en la constelación humana, contaremos con una formidable integración de los pueblos afines a nosotros, de izquierda antiimperialista, de la UNASUR, CELAC y también con los países emergentes del sistema BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) aprovechando la ciencia y tecnología y las patentes de estos países amigos.

V. El pacifismo, supremo principio

Somos un país pacifista por mandato de la Constitución. Rechazamos la guerra como recurso extremo para recuperar territorios usurpados y/o reivindicar derechos y dignidades. Somos de la cultura del diálogo.

Por eso acudimos a tribunales de justicia internacional, como La Haya, para recuperar, en un caso, nuestro acceso soberano al mar Pacífico. Estamos en esa gestión para superar un pleito de ya casi siglo y medio de sofocamiento mediterráneo. Y de mentiras y amagos del vecino invasor, uno de los más armados del Cono Sur.

Con su lenguaje llano y directo, Evo Morales denunció al militarismo bélico. En la Asamblea de Naciones Unidas afirmó antier que “debemos erradicar con la cultura de la paz los fanatismos extremistas, pero también el guerrerismo imperial que promueve Estados Unidos, que temeroso ante una guerra amenaza con más guerra”.

Recordó que la ONU se fundó para promover la paz “y no para justificar las invasiones y la prepotencia militarista contra pueblos desarmados, contra niños sin escapatoria ni para salvar su inocencia”.

Hay que cambiar al Consejo de Seguridad por la seguridad de un consejo: *entre las naciones como entre las personas, el respeto al derecho ajeno es la paz*. Benito Juárez.

Condenó Evo a las “fuerzas inhumanas” del mercado. Dijo que “se ha perdido el respeto por la Madre Tierra (la Pachamama) y hoy se la comercializa y manipula con graves peligros para la vida humana en el planeta”.

Denunció la catástrofe del desbalance climático en los próximos diez años, cuando toda la humanidad esté incluso en riesgo de extinción masiva [...] Aquí se vale repetir un aforismo de contundencia histórica: la Pachamama no es la tierra del camino. Es el camino de la Tierra.

Porque se opone a la violencia belicista del imperio, Bolivia no tiene relaciones diplomáticas con Estados Unidos desde el año 2008, cuando un embajador gringo fue descubierto financiando, armando y organizando a separatistas en Santa Cruz y a soldados de fortuna extranjeros llegados de Croacia, Hungría y Bélgica. Querían partirnos la madre geografía y el gobierno detectó al operador, al artífice de ese proyecto desquiciante, el embajador Phillips Golbert.

Le comprobó culpas y lo expulsó. Hace 6 años que no tenemos trato con Washington y ni falta que nos hace. También se rompieron vínculos con el gobierno tremendista de Israel, el año 2011, como una muestra de apoyo solidario con el sufrido pueblo palestino que, como nosotros en la franja del litoral marítimo, está siendo despojado de su territorio en la franja de Gaza.

VI. Riesgo latente de regresión

Amigas y amigos: los pueblos que olvidan su pasado están condenados a repetirlo. Los bolivianos tenemos pleno conocimiento de nuestra verdad histórica, de nuestro quehacer testimoniado para mantenernos soberanos y activos en los quehaceres por la patria y la gente.

Hemos sufrido mucho, por más de un siglo republicano por el hambre, la discriminación racial, la falta de educación, viviendas, salud, la soledad social. Hemos sido arrinconados por la violencia de los golpes de Estado ordenados y ejecutados por el sistema dominante siempre en pos de nuestros recursos naturales.

Y ahora, en estos días, tampoco estamos exentos de que el infortunio social y la violencia política vengan nuevamente sobre nosotros. Pero, insisto, estamos preparados para mantener y continuar este tiempo de paz, libertad y prosperidad.

Con la sabiduría de la gente del común les digo que, como nada es para siempre, y ya que la vida no ha de ser tan larga, que al menos sea ancha y sea grata.

VII. Posesión soberana del energético

Con el permiso y la paciencia de ustedes —ya que me dieron 45 minutos para exponer los alcances y limitaciones de la realidad boliviana— voy a centrar, revelar y desgranar una de las causas de la actual victoria popular. Las luchas, vicisitudes y victorias por el gas, ese energético que hoy nos da de comer y vivir con decoro humano.

Somos dueños soberanos del gas, que hasta 2005 estaba en manos de 12 empresas transnacionales. Se le nacionalizó y aquellos consorcios mundiales que se creían los dueños de nuestra riqueza aceptaron quedarse en Bolivia como meros prestadores de servicios.

Ahí están aquellas transnacionales que durante 24 años se llevaron 82% de las ganancias que les daba el negocio del gas y nos dejaban sólo 18%. Evo y su pueblo les voltearon “el chirrión por el palito”: ahora nos dejan 82-85% de las ganancias,

porque así mandan nuestras leyes de relación comercial. Y nuestra dignidad soberana.

La comercialización de nuestros hidrocarburos, según el director general de Yacimientos Petroleros Fiscales Bolivianos (YPFB), Carlos Villegas, nos reportó, entre mayo de 2007 y julio de este 2014, un total de 30 mil 797 millones de dólares, de los cuales se pagaron a las petroleras 4 mil 790 millones por costos recuperables, es decir 15%.

Vendemos gas, con todo el dinero a favor del Estado, a Brasil y Argentina.

No es sólo el ingreso por la venta del gas, claro, el factor que estabilizó nuestra esperanza y certidumbre. Son también la producción de minerales por el sistema de cooperativas de trabajadores, los manejos financieros de la electricidad, la producción de alimentos, las telecomunicaciones, etcétera.

Pero es el gas y es el petróleo nuestra mayor justificación política e ingreso económico.

VIII. Las batallas por los hidrocarburos

Dos guerras, una civil y otra internacional, cuatro actos de nacionalización revolucionaria luego de otras tantas usurpaciones, dos golpes de Estado, un referéndum vinculatorio y 83 años de resistencia popular anticapitalista marcan la historia del petróleo y el gas en Bolivia.

La primera guerra internacional por el petróleo se dio entre Bolivia y Paraguay. La Guerra del Chaco (1932-35) causó cien mil muertos, 61 mil de ellos bolivianos. Esa contienda fue empujada por las transnacionales *Standard Oil Co.* y *Gulf Oil Co.*

En el sureste de Bolivia operaba desde 1921 la *Standard Oil* de *New Jersey* que doblegó al gobierno con un empréstito financiero en 1930 a cambio de concesiones ventajistas; ese dinero sirvió para afrontar el “crac” mundial de 1929.

La *Gulf*, por su lado, explotaba el hidrocarburo en el noroeste argentino y quiso hacerse del crudo boliviano bordeando territorio paraguayo. La *Standard Oil* alertó de esa intención al gobierno de Bolivia, mismo que después de escaramuzas y dislates de ambos lados le declaró la guerra al Paraguay en 1932.

Más de 220 mil conscriptos fueron movilizados al Chaco Boreal y aquello fue un desastre para ambas fuerzas por la eterna falta de agua en la región yerma, árida, desértica.

Dos soldados entonces enemigos que luego devinieron grandes escritores, el paraguayo Augusto Roa Bastos y el boliviano Augusto Céspedes, dijeron que *la guerra de la sed* causó tanta mortandad en las tropas de ambos países, tantas muertes como las 26 batallas consumadas.

Una vieja copla puntualizaba el drama: “Agua, aceite, vida y muerte. La sed me lleva a su foso [...] y feliz con buena suerte el petróleo en su pozo”.

“La guerra de la sed, esa del Chaco [...]” Mi padre, combatiente de esa guerra, solía precisar: “La guerra de la Shell”.

En junio de 1935 se firmó el armisticio. La historia dice que el Paraguay ganó la guerra porque estaba muy metido en suelo boliviano y ya no quiso regresarse. Los bolivianos decimos que no perdimos esa contienda porque la intención de los invasores era llegar a los yacimientos petrolíferos y no pudieron. Paraguay no se llevó una gota del aceite de piedra, el petróleo. Obvio, tampoco llegaron a las cavernas bajo tierra donde holgaba el gas.

IX. Historias de héroes y villanos

De aquella campaña bélica emergió una generación de militares y cinco fueron presidentes de Bolivia.

De esos personajes, héroes y villanos en torno al petróleo, el gas y la vida nacional, les hablaré ahora y ustedes me van a perdonar la pasión y el dramatismo con que lo haga en memoria de mi padre, un excombatiente del Chaco, que nos narraba esos episodios con las palabras quebradas casi siempre por el llanto.

El general David Toro fue presidente de Bolivia en 1936, al terminar la contienda, y lo primero que hizo fue denominarlo “estado socialista”, porque él creía que el socialismo es lo más opuesto al capitalismo que empuja a los pueblos a la guerra y vive de la muerte de los pobres.

David Toro nacionalizó el petróleo en 1937 y expulsó a la *Standard Oil* de Bolivia. Esa fue la primera nacionalización petrolera en la historia del mundo y también, la *Standard* la primera empresa yanqui echada de América Latina.

Aquel presidente socialista fundó la empresa estatal YPF, en 1937, un año antes de que el presidente Lázaro Cárdenas hiciera lo mismo aquí, al crear Petróleos Mexicanos, Pemex.

Empezó la guerra sucia contra ese patriota. Lo agarraron por el único lado flaco que tenía, su afición al alcohol. El general Toro fue echado del gobierno por la oligarquía moralista, pura y decente que lo acusó “de ser un borracho en horas de trabajo”. La prensa adicta festinó ese episodio.

Tan ridículo trance, sin embargo, fue audazmente superado por otro héroe. El teniente coronel Germán Busch Becerra, de 36 años, tomó el Palacio Quemado, ni bien aquel presidente Toro había salido, sobrio y enojado.

Busch se hizo del gobierno en 1937, reivindicó y ratificó las acciones de Toro. Se cuenta que en una sesión de los diputados conservadores, el nuevo presidente los invitó a un brindis con cerveza por la independencia de Bolivia: “¡Salud por toro el pueblo!”, les habría dicho.

Germán Busch, apodado el cambia —por provenir de la selva beniana— se enfrentó al poder de los consorcios petroleros internacionales y a los empresarios mineros, los dueños coloniales del oro, la plata, el estaño, el cobre [...]

Esos patronos usaron sus influyentes diarios para desacreditarlo. Por entonces no había la TV y la radio no tenía aún el alcance masivo que lograría en las décadas del cincuenta, al setenta con los radialistas que privilegiaban la palabra sobre la voz.

El cambia Germán Busch fue tachado de loco y de comunista prorruso. Eran los años del asentamiento de la revolución soviética y del avance de las teorías marxistas y leninistas contra la explotación del hombre por el hombre en beneficio de la plutocracia.

En diciembre de 1938, el presidente los amagó con la nacionalización de minas. Para entonces ya estaba en marcha la Segunda Guerra Mundial y los países capitalistas, lo mismo Estados Unidos como Alemania, iban a necesitar del estaño, que es un metal maleable, apto de ser fundido en aleación con otros y producir balas, tanques, cañones, aviones [...]

El enfrentamiento era desigual. Todo el poder oligárquico contra un soldado cambia sin más recursos que su valentía guerrera y su fama de hombre de bien.

Una mañana de abril de 1939 se informó al país que el presidente Germán Busch apareció muerto en su casa, donde la noche anterior había celebrado un cumpleaños con familiares, políticos y amigos. Había muerto el “cambia macho” y la población no podía creer ni reaccionar.

Dijo la prensa servil que el joven presidente se había pegado un balazo en la sien [...] porque no pudo aguantar un dolor de muelas.

A la infamia policiaca, la burla mediática. Aquel bravo capitán, héroe que participó en nueve batallas, tres de ellas comandadas por él, avanzando a sangre fría, pistola en mano y a campo traviesa por Nanawa, Boquerón y Campo Vía se había suicidado por el miedo de ir al dentista.

Claro que Busch fue asesinado.

Nadie investigó esa muerte. El gobierno, recapturado por la plutocracia, fue entregado al general Enrique Peñaranda, otro ex combatiente de la guerra, pero, en los hechos, un pelele patronal que aceptó empréstitos de Estados Unidos a cambio de venderle el estaño a precios bajos, estrenando la dinámica especuladora de ese juego de la bolsa o la vida capitalista que se conoce con los anglicismos *dumping* (manipulación del precio según convenga al mercado) y *stock pile* (reserva estratégica).

Mi país pasó entonces a ser objeto de saqueo y vaciamiento de sus minerales y recursos naturales, pese a la resistencia de su clase trabajadora. El feudalismo arremetía con todo y ganó una batalla contra los proletarios cuando el 21 de diciembre de 1942 masacró a 132 mineros manifestantes en una pampa de Llalagua.

¿Saben de qué se acusó a esos mineros? De ser aliados del nazismo alemán, porque al realizar una huelga por un mejor salario atentaban contra la provisión del estaño que necesitaba el mundo libre para derrotar al nazismo.

Los mataron, pues, tachándolos de hiltleristas. Ese dato está registrado en una hemeroteca de México, lo leí en el archivo del diario *Excélsior* del día 3 de enero de 1943, 12 días después de la matanza.

X. Martirologio y revolución

Así iba la historia del desastre boliviano con el presidente Peñaranda, alias el “camisa de once varas”, cuando otro héroe chaqueño, el mayor Gualberto Villarroel, tomó por asalto el gobierno en 1943 —en plena Segunda Guerra Mundial— y se enfrentó, leyes en mano y pueblo de pie, a los barones del estaño y marajás mestizos del petróleo.

Villarroel anunció que iba a rescatar la patria y proteger sus recursos en el nombre de los que habían muerto en la guerra y de los que estaban siendo asesinados en tiempos de paz.

Se proclamó nacionalista y antiimperialista. Dijo que no era enemigo de los ricos, pero que era más amigo de los pobres. La burguesía lo acusó de ser un nazi, el apodo de moda, y la santa iglesia apostólica y romana lo llamó ateo comunista.

El sábado 21 de julio de 1946 una turba pagada por el gran capital asaltó el Palacio Quemado, la casa de gobierno. En la Plaza Murillo se había congregado la burguesía y cientos de universitarios, enemigos del nazismo y de Hitler. Entre esos jóvenes de izquierda privaba la creencia de que el presidente Villarroel era la punta de lanza del nazismo en el país.

Un comando de matones irrumpió a balazos en el despacho del presidente Villarroel y lo tundió a golpes de laques, palos, puñetazos y patadas. Por casualidad (o causalidad) allí, en ese despacho, no estaban presentes escoltas ni guardias presidenciales.

El cuerpo sangrante e inconsciente del mandatario fue arrastrado desde su oficina hasta el balcón que da a la plaza principal de La Paz, desde donde lo arrojaron al vacío. Otra facción de la multitud aleccionada lo llevó hasta una esquina de esa fatídica plaza. Y allí, sin saber de dónde, quién, ni cómo, apareció una gruesa y larga sogá que unas diestras manos anónimas ajustaron de inmediato al cuello del indefenso.

De pronto, la multitud vio ascender, jalado por una sogá, un cuerpo con la cara sangrante y las ropas rotas. El cuerpo ascendió lentamente, izado hasta el tope de un farol de alumbrado público. El presidente Villarroel acabó de morir así, colgado, y expuesto a la tarde de la cobardía fascista por varias horas.

La turba idiotizada por la iracundia se calló de improviso ante el siniestro espectáculo. Sin jolgorio ni pesar, la gente comenzó a retirarse cabizbaja y humillada... “Ay, Dios santo, no era para tanto, no para esa muerte tan cruel...”, habrá dicho alguna doña, una de las tantas damas católicas que abandonaron la plaza de los escarnios con algún sentimiento de culpa. Ocurrió el 21 de julio de 1946 y fue la primera ofrenda mortal de la naciente Guerra Fría contra los revolucionarios y los patriotas de América Latina.

XI. La Revolución nacional

El pueblo minero y los indios de Bolivia asimilaron ese hecho con rabia y silencio. Su presidente nacionalista había sido sacrificado por el gran capital en aras de la trilogía anticomunista ya de moda en esos días: Dios, patria y familia.

Los mineros del estaño, que en ese tiempo eran los protagonistas de la historia proletaria y los oferentes del sueldo de Bolivia, decidieron ir por la revancha. Se muere cuando se deja de combatir. El proletariado afrontó tres sangrientas masacres entre 1947 y 1949, padeció despidos laborales en masa, sobrevivió al cerco militar en los centros de producción estañera, sus dirigentes fueron desterrados o asesinados, hubo ejecuciones nocturnas y ajustes de cuentas a plena luz del sol.

Sufrimiento y resistencia populares [...] hasta que llegó el día de ganar las calles, fusil en mano, y derrotar a lo que en Bolivia se llamaba “la rosca” minero-feudal.

La triunfante Revolución nacional del 9 de abril de 1952 reivindicó la memoria y el ejemplo de aquellos militares de avanzada, nacionalizó las minas, decretó la reforma agraria y potenció a la empresa petrolera fiscal.

Eran los días de la euforia y la afirmación de la conciencia patriótica. El pueblo puede cuando quiere.

XII. La plenitud a fojas cero

Pero, ¡cuándo no, cómo no! En noviembre de 1964, la embajada de Estados Unidos patrocinó un golpe de Estado que derrocó al presidente nacionalista Paz Estenssoro y cortó el proceso de la revolución nacional.

El triunfante general René Barrientos, vicepresidente de aquel derrocado, convocó de inmediato a la transnacional Gulf Oil Co. para manejar el petróleo luego de paralizar los trabajos de la estatal YPF.

La empresa gringa se benefició en grande y en directo con la explotación del petróleo. Y colmó de regalos al presidente Barrientos. Entre sus obsequios, en la Navidad de 1965, le dio un helicóptero que, después, les diré para qué bueno sirvió.

Las industrias del capitalismo ya no necesitaban, a mediados de los años sesenta del estaño, su prioridad era el petróleo. El tirano Barrientos entregó los recursos energéticos a la inversión extranjera bajo la figura del Código Davenport, una ley que le avalaron las cámaras de senadores y diputados firmantes de un pacto de partidos entreguistas.

El pueblo en masa se opuso en las calles a esa privatización del energético. El diputado socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz abanderó esas luchas y fue perseguido, reprimido y encarcelado.

En la polvareda de ese tiempo de resistencia, turbulencia imperialista y esperanza popular apareció el Che Guevara en Bolivia. Lanzó en febrero de 1967 una guerrilla que, empero, no pudo hacerse popular por traiciones de sus aliados inmediatos, la cúpula de los comunistas, y por las tenazas militares de la CIA, el Pentágono y el FMI asentadas en las fuerzas armadas bolivianas que acabaron reventándolo en octubre de 1967. El Che, nuestro compañero, fue ajusticiado pese a su condición de prisionero de guerra.

Voy a abreviar esta historia. Aquel Barrientos murió en abril de 1969 al precipitarse a tierra (¡gulf!) su helicóptero por causas nunca aclaradas y que a nadie

interesó investigar. No fue el pueblo. Fue la CIA, enterada de un negocio privado del tirano para venderle armas a Israel en su guerra de los 6 días contra el mundo árabe.

XIII. Del petróleo al narcotráfico oficial

En octubre de 1970, el general Alfredo Ovando tomó el gobierno mediante un golpe de Estado y llamó al héroe socialista Quiroga Santa Cruz para su ministro de Energía.

Ovando, el último oficial del Chaco que llegó a ser presidente, renacionalizó el petróleo y expulsó de Bolivia a la Gulf Oil Company.

Nos duró poco la euforia. Ovando fue derribado por los comandantes de las tres armas del Ejército colonizado, pero aquellos tres presidentes no alcanzaron a sentarse en la silla de mando porque una poderosa huelga de trabajadores e indígenas se les opuso en todo el país, armas en mano. Las radioemisoras alternativas ya jugaron un papel preponderante en esa victoria. Los triunviros huyeron por una puerta de calle.

El pueblo y un sector progresista de aquél ejército dual impuso entonces en la presidencia a un militar de izquierda, el general Juan José Torres, que consumó algunos actos de reivindicación antiimperialista, como expulsar al Cuerpo de Paz, un supuesto comando evangélico integrado por ex soldados de la guerra de Vietnam para labores de penetración entre la masa indígena.

Sin embargo, Torres fue derribado a los 9 meses de avanzar con su proyecto liberador. Contra él se juntaron todas las fuerzas reaccionarias de Bolivia y los ejércitos y empresarios privados de los países vecinos (Brasil, Argentina, Perú y Paraguay) para consumir el más sangriento golpe militar de que haya memoria en Bolivia.

En una sola tarde, asesinaron en calles, techos y plazas a 246 ciudadanos inermes. En los días siguientes más de mil cayeron presos y luego 18 mil personas optamos por el destierro para salvar el pellejo.

Pisando esa alfombra mojada de sangre de patriotas ingresó al gobierno el coronel Hugo Banzer. Y dio inicio, en 1971, la doctrina de la Seguridad del Estado que prohió la aparición de feroces dictaduras en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay en esos años setenta.

Banzer rehabilitó a las transnacionales del petróleo y gas. Les pidió disculpas y les dotó de garantías. Y también inauguró el negocio del narcotráfico oficial. La cocaína boliviana ganó mercados y preferencias.

Siete años duró en el poder aquel infeliz. Y fue derrocado en 1977 por gentes de su propia caterva, deseosas de ganar también fortuna con el narcotráfico.

De nuevo, se alzó el pueblo organizado en comandos espontáneos de ataque y resistencia hasta recuperar el poder para imponer allí en 1979 a una mujer, la primer presidente republicana, Lidia Gueiler.

Con tantos golpes, los autocríticos nos decíamos que éramos sobrevivientes de un país llamado Golpivia. Estábamos esperando señales políticas de la señora Gueiler, cuando otro golpe militar organizado en 1980 por la embajada yanqui y el FMI

derribó a doña Lidia y asesinó a tiros a nuestro líder, el irremplazable Marcelo Quiroga Santa Cruz.

Dos truhanes encorchetados como general y coronel, Luis García Mesa y Luis Arce, se apoderaron del gobierno y del negocio del narcotráfico oficializado en aviones y valijas diplomáticas. Duraron poco, fueron derribados por acción popular y ahora están presos de por vida, en una cárcel de alta seguridad que ellos mandaron construir. El narcoronel Arce Gómez se atrevió a prevenir en sus días de ventura: nuestros opositores deben caminar con su testamento bajo el brazo... Y nosotros presumíamos de llevar nuestro testimonio brazo en alto.

XIV. Avasallamiento y estertor neoliberal

En 1982 fue restablecida la democracia con un hombre digno, el ya anciano Siles Zuazo, uno de los gestores de aquel lejano triunfo nacionalista de 1952 y también soldado raso de la guerra del Chaco.

Con la restitución del ejercicio democrático, el imperialismo extrañamente tolerante nos impuso las prácticas del neoliberalismo y las privatizaciones.

País pobre, golpeado por tantas aventuras militares y reaccionarias, el gobierno fue asumido por una izquierda deprimente, influida por la socialdemocracia europea, que al no poder mantenerse solvente ni soberano se resignó al neoliberalismo.

El Movimiento de Izquierda Revolucionario y luego el nacionalismo procedieron a subastar los recursos naturales a favor de los inversionistas extranjeros y en 1985, el petróleo y el gas pasaron a poder total de aquellos 12 consorcios transnacionales del que ya les hablé. Todo fue rematado a los dueños del dinero: electricidad, agua, telecomunicaciones, minerales, aviones, ferrocarriles, bancos...

Pero, de nuevo la gente. La protesta común se magnificó hasta grados de heroísmo para impedir el asentamiento neoliberal en nuestras voluntades y territorio.

Al empezar el nuevo siglo, ocurrió la “guerra del agua”. El pueblo alzado expulsó a una transnacional europea que elevó los precios de consumo del agua, hasta el líquido de arroyos y ríos que los campesinos utilizaban para riego. Esa transnacional pretendió ponerle tarifa de consumo al agua de la lluvia.

Ganó el pueblo de Cochabamba en las calles y la transnacional se fue del país. En aquellas jornadas se hizo visible el movimiento campesino de producción agrícola con un joven líder llamado Evo.

A ese influjo, la gente se entregó a recuperar de nueva cuenta el control del gas. Lo hizo con toda la imaginación posible. Desde operativos-comando inesperados, hasta acciones callejeras, irrupciones en mercados, escuelas y universidades, canciones, obras de teatro, pinturas, poesías.

De esas novedosas jornadas rescatamos un aforismo: *“El gas es un compuesto de etano, metano y butano... que nos quieren quitar zutano, mengano y perengano. Pero no nos vamos a dejar. Palabra de boliviano”*.

El 17 de octubre de 2003 ocurrió la “guerra del gas” en El Alto de la ciudad de La Paz. En una sola tarde las tropas armadas mataron en las calles a 67 patriotas, la mayoría de ellos indígenas. La resistencia se agrandó y el presidente neoliberal, “Goni” Sánchez de Lozada, abandonó el gobierno y escapó a Estados Unidos, donde radicará para siempre, porque en el país le espera la cárcel por la cantidad de muertos que su ejército causó en El Alto.

XV. La utopía y el voto real

Tamaño victoria popular motivó al presidente inmediato, Carlos Mesa, a organizar un referéndum (abril, de 2004) con esta pregunta: “¿Está usted de acuerdo con la recuperación de todos los hidrocarburos en boca de pozo para el Estado boliviano?”.

Obvio. Ganó el sí. Se convocaron a elecciones ese año y luego en diciembre de 2005, cuando el candidato Evo Morales logró un contundente e inapelable 54 por ciento.

El indígena asumió, pues, la presidencia democráticamente en enero de 2006 y su primer acto de gobierno fue nacionalizar el gas y los hidrocarburos. Fue la cuarta vez que esos recursos se recuperaron para la honra del país y la vida del pueblo.

Miren ustedes cuán fuerte y decisiva puede ser la democracia cuando se la ejerce a conciencia, cuando el voto es una granada de mano inapelable. Tantas guerras, golpes, tragedia social y muerte, sirvieron, claro que sí para valorar la vida y apreciar la libertad, la soberanía y la democracia que ahora ejercemos.

Necesité, queridos amigos, contarles toda la historia del pasado siglo y lo que pasa en este, para que ustedes se acerquen a una filosofía y una praxis constante en Bolivia. La militancia en la patria. Mientras los pueblos mantienen viva su conciencia, su indignación y su capacidad de reacción para defender la vida, hay esperanza de lucha y de victoria.

Que nadie se salve solo. Que todos se sientan pueblo. Juntos se puede cambiar la fatalidad.

Ahora, con la invocación al movimiento colectivo, plural, traigo la palabra de Mario Benedetti, el gran poeta uruguayo.

Benedetti vivió parte de su destierro político en Lima, trabajó en el diario *Expreso*, donde también estaba yo, exiliado como él. Allí lo conocí y aprendí tanto de él. Era el director de la revista cultural *Estampa*, de los domingos.

Tomaré un poema emblemático de su nervio social, de su compromiso. El poema *No te salves* que servirá para culminar mi intervención en la UAM-Azcapotzalco. Permítanme leerlo:

No te salves

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no quieras con desgana
no te salves ahora
ni nunca
no te salves no te llenes de calma
no reserves del mundo
sólo un rincón tranquilo
no dejes caer los párpados
pesados como juicios
no te quedes sin labios
no te duermas sin sueño
no te pienses sin sangre
no te juzgues sin tiempo
pero si
pese a todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo
sólo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados
pesados como juicios
y te secas sin labios
y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas...
entonces
no te quedes conmigo.